



Recuperarse como escritor

To Rescue Oneself As a Writer

Elsa Aponte S.*

Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia

Grupo de Investigación: Creación y Pedagogía

Recepción: 15/10/2006

Evaluación: 10/04/2007

Aceptación: 16/08/2007

Avance del proyecto de Investigación Pedagogía y Diferencia

Resumen

¿Es posible recuperarse como escritor? Comunicarse en forma escrita parece algo sencillo y cotidiano, sin embargo, tomar distancia del pensamiento y encontrar las palabras apropiadas para construir una idea no es tarea sencilla, a pesar de tener motivaciones que nacen del sentir humano. Es necesario reflexionar sobre la experiencia de escribir como adultos, lo que nos llevará rápidamente a las primeras letras de nuestra infancia y al significado que entonces marcaron las primeras

huellas del querer escribir, generalmente ligadas a la repetición con total pérdida de sentido, contrario a la experiencia del lenguaje oral cargado de afecto y relaciones estrechas con el entorno. ¿Qué sucede entonces con el lenguaje escrito? ¿Cómo hacerlo parte de nuestra vida? Tenemos una oportunidad como padres y maestros para mirarnos en nuestros hijos o estudiantes, y con el pretexto de acompañar su proceso comprender lo que está sucediendo con el nuestro, a fin de desaprender la rigidez y encontrar el goce de la palabra en la experiencia propia.



* Licenciada en
Psicología Educativa
Especialista Necesidades
Educativas, Máster en
Educación
Docente Escuela de
Psicopedagogía
Universidad Pedagógica y
Tecnológica de Colombia,
rayuela53@starmedia.com





Palabras clave: Aprendizaje, Comunicación, Cultura, Escritura.

Abstract

Is it possible to rescue ourselves as writers? To communicate by writing, seems like a simple and daily chore. However, to keep a distance from thinking and to find the appropriate words, in order to build an idea is not an easy task, despite of the motivation that is borne out of the human being's feelings.

It is necessary to reflect on the writing experience as adults; an idea that will take us immediately to the first letters of our childhood and, to the meaning of the first

writing prints marked at that time. They are generally tied to the concept of repetition without making any sense and they are different from the experience of oral language which is loaded of affection and has close relations with the context. So, what does it happen with the written language? How to make it part of our life? As parents and teachers we have the opportunity to see ourselves in our children and students, with the excuse of helping them in their process, we can comprehend what is happening with our process, in order to unlearn the stiffness and to find the pleasure of words in our own experience.

Key Words: Learning, Communication, Culture, Writing.



La huella



Es en la conciencia profunda de sentirse humano donde surge la necesidad de comunicarse; como parte de las primeras experiencias, está el recuerdo

de la voz narradora de historias, esta queda grabada con la calidez que produce la cercanía del otro, la conciencia del otro que desata la imaginación transportándonos a mundos que podemos inventar, decidiendo por nuestra cuenta el papel en aquel escenario. Tomar esas viejas palabras como testigos de la emoción e imaginación que aún están presentes puede ser la fortaleza para superar los métodos impresos en la memoria, que repiten la copia infinita de grafías mudas y pesadas que inmovilizan las ideas.

Recuperarse como escritor implica desempolvar las rígidas grafías para sacarles brillo y entonces encontrar el goce de la palabra, para valorarla en sí misma y transformarla poco a poco, y en esa relación querer transformarse también.

Mirar al pasado

En el transcurrir de la vida es común resignarse a entender la escritura como copia, de tal manera que los niños viven sus años de primaria imitando grafías, transcribiendo del tablero o del libro al cuaderno; esta acción, mecánica y rutinaria, hace que el lenguaje escrito pierda su sentido y sea percibido como una tarea difícil de cumplir. Con el tiempo, son pocos los que trascienden la actitud mecánica y encuentran el poder comunicativo en la escritura, entonces,

¿cómo enfrentarse al mundo que exige cada vez más el dominio de este lenguaje? Un recorrido por los procesos que vivimos en la escuela se planteará como punto de partida; luego se pondrá en juego el reflejo de la experiencia, y se terminará con el análisis de la acción pedagógica que cada uno puede hacer consigo mismo para recuperarse como escritor.

El recuerdo de horas sentados imitando letras sin ningún sentido nos lleva a reafirmar la incapacidad e inseguridad de escribir. «Tradicionalmente, desde la perspectiva pedagógica, el problema del aprendizaje de la lectura y escritura ha sido planteado como una cuestión de métodos; la preocupación de los educadores se ha orientado hacia la búsqueda del mejor o más eficaz de ellos» (Ferreiro y Teberosky, 1980: 49). El mejor método cumplirá los deseos de alfabetizar miles de niños, generalmente valorado y aprobado a partir de la posibilidad de ser aplicado masivamente; los frutos que dará serán gracias al método, suficientes si se cuenta con buena letra y pronunciación, pero si se fracasa, serán los estudiantes los culpables.

Resulta cómodo para el maestro y demás adultos creer que el método facilita todo, sin contar que también puede limitar el aprendizaje. Es a partir de los años sesenta que la psicolingüística abre nuevas perspectivas para considerar la escritura como un proceso de adquisición donde el niño formula sus propias hipótesis y, en consecuencia, construye su propio conocimiento, se abren posibilidades para creer en el niño y sobre todo en el valor que tiene lo que cada uno piensa y puede construir desde la escritura. Este término de la «adquisición» del lenguaje escrito



Es en la conciencia profunda de sentirse humano donde surge la necesidad de comunicarse; como parte de las primeras experiencias, está el recuerdo de la voz narradora de historias, esta queda grabada con la calidez que produce la cercanía del otro, la conciencia del otro que desata la imaginación transportándonos a mundos que podemos inventar.





planteado por la psicolingüística es rechazado por la sociolingüística cuando menciona: «... parece este término poco feliz, porque sugiere que la lengua constituye algún tipo de mercancía por adquirir y porque, aunque la metáfora resulta bastante inocua en sí, cuando se le toma demasiado literalmente, las consecuencias pueden ser nocivas» (Halliday, 1978: 27).

Es necesario analizar, entonces, el término «adquisición» (acción de adquirir una cosa por su propio esfuerzo); puede sugerir que la acción de adquirir el lenguaje es parte del esfuerzo que debe asumir cada individuo para comunicarse y no que el lenguaje hace parte de la función natural y social de interacción de los miembros de una comunidad; pensar en adquirir el lenguaje es asumir una estructura ya existente, un patrón preestablecido, esto condicionaría la acción de la escuela a

dichos parámetros, y sugerir un déficit en los niños que no logran dicha adquisición como lo indican dichos patrones.

Una vez aclarado el término, se puede retomar la acción del niño como generador de hipótesis, ya que con esta acción no sólo «adquiere» el sistema alfabético, sino que lo lleva a un constante replanteamiento sobre su forma de comunicar, siendo partícipe más que de una adquisición, de una construcción particular del lenguaje según las necesidades del contexto.

En consecuencia, Halliday prefiere hablar de desarrollo de la lengua, considerando que el tejido cotidiano que el niño ha construido en su contexto va determinando modificaciones de acuerdo con la estructura que ya posee. Este planteamiento resulta interesante en la medida que valora la situación particular de cada individuo y el manejo del lenguaje

«... parece este término poco feliz, porque sugiere que la lengua constituye algún tipo de mercancía por adquirir y porque, aunque la metáfora resulta bastante inocua en sí, cuando se le toma demasiado literalmente, las consecuencias pueden ser nocivas» (Halliday, 1978: 27).





según el contexto. Sin embargo, los aportes de Emilia Ferreiro acerca del proceso lecto-escritor son de suma utilidad en cuanto describen en forma detallada, desde una observación muy juiciosa, el proceso particular que sigue cada niño en la construcción del lenguaje, desde un enfoque cognitivo.

Reconocernos en el otro

Nutrirse de las dos teorías es complementar la idea de lo particular del proceso de cada niño con lo general, representado por el contexto en donde se interactúa y se desarrolla el lenguaje, donde niños y adultos conforman una comunidad que constantemente replantea su forma de comunicarse, ya sea de forma oral o escrita. La oralidad acompañada de espontaneidad parece de más fácil acceso a reglas que ayuden en la búsqueda de coherencia, y la escritura sometida a ciertas exigencias formales desde el comienzo se vislumbra compleja y de difícil acceso.

Por consiguiente, se necesita tiempo y esfuerzo para encontrar el gusto por el lenguaje escrito, tiempo que cuenta diferente para el niño y el adulto; el niño no tiene afán, la vida pasa para vivirla en el presente, mientras que para el adulto el tiempo está medido, tiene que ir de prisa pensando en el futuro, este desencuentro debe hacer un alto en el camino para que el adulto y el niño puedan pensarse, para poder ver en las pequeñas cosas grandes acontecimientos, como cuando aparecen los primeros trazos que intentan decir algo.

Reconocer la intención de comunicación en los primeros garabatos que traza el niño, y observar pacientemente cómo se van



convirtiendo en grafías y casi mágicamente, un día, resultan palabras que se ordenan en forma de una carta o la lista para jugar a la tienda o el libro de historias, es un acto de amor, en tanto que el adulto reconoce al niño en su intención de comunicación y a la vez el niño percibe al adulto como el otro con quien le interesa probar nuevas formas que lo incluyan en su poderoso mundo.

En la interacción niño-adulto, cada uno puede reconocerse como mirándose en el espejo mágico para descubrir la verdad del pasado y el futuro a la vez. Como el adulto que al mirarse, la primera imagen que aparece es aquel niño sentado en el mesón de la cocina escuchando a su mamá que, mientras cocina, canta para él, dejándolo inmóvil..., como hipnotizado; su mamá, como el flautista de Hamelin, y el niño como un pequeño ratón fascinado por sus cantos que no sólo quería oír una y otra vez, sino que hacía que la siguiera a todas partes, que escuchara sus historias donde casi siempre había un personaje parecido a él que se convertía en héroe.



Nutrirse de las dos teorías es complementar la idea de lo particular del proceso de cada niño con lo general, representado por el contexto en donde se interactúa y se desarrolla el lenguaje, donde niños y adultos conforman una comunidad que constantemente replantea su forma de comunicarse, ya sea de forma oral o escrita.





La magia de la oralidad poco a poco puede quedarse atrás, interrumpida por la realidad de la escuela, el equipaje de sueños, corre el riesgo de convertirse en una pesadilla, letras puestas ordenadamente en el tablero, parecen totalmente desconocidas, ajenas a aquellas voces que escuchaba hipnotizado, como si pertenecieran a otro planeta donde la gente se muere tesa del frío, son palabras que adornan pero no dicen nada, esa escuela descontextualizada olvida que el sentido del texto está en la comunicación, es decir, en la intención de relacionarse con el otro, «... todo el mundo está de acuerdo en que los seres humanos están dotados biológicamente de la capacidad de aprender una lengua, y en que ese constituye un atributo únicamente humano» (Halliday, 1978: 27); dicha capacidad nos sugiere una disposición especial frente a otras especies, que permite apropiarse del lenguaje de su entorno. Resulta indispensable preguntarse entonces por el entorno que nos ha tocado vivir para apropiarnos del lenguaje, en este caso el escrito en particular.

Un compromiso con la cultura

«La escritura es un invento de algunas culturas. Un invento histórico, comparado con el habla, demasiado reciente. Un invento, un saber y una técnica que sólo algunas culturas poseen. La nuestra es una cultura de escritura» (Silva y Páez, 2002:

página introductoria). Nuestra cultura, a pesar de tener escritura, no es un lenguaje que se use cotidianamente para comunicarse con los niños, es considerada como medio de comunicación formal de algunos adultos, usarla en ocasiones se convierte en privilegio de los llamados escritores y para los niños constituye objeto de tareas escolares.

Es así que pareciera como si se guardara un tabú frente a la comunicación escrita; para acceder a ella está la escuela, esta privilegia las normas gramaticales como esencia, de tal manera que se encasilla en una forma rígida que no permite la espontaneidad para arriesgar formas de expresión; con lo cual resultan más atractivos otros medios de comunicación como la imagen, la televisión, la publicidad, el videoclip.

Recuperarse como escritor es una acción pedagógica que cada uno debe asumir por cuenta propia, y la oportunidad la tenemos en el día a día, al ver crecer los hijos o estudiantes, ya sea en la condición de padres o maestros, observar cuidadosamente sus intereses y necesidades para verse reflejado en ellos, para volver a pensar y reflexionar sobre formas que se adoptan en la comunicación escrita; es un compromiso personal que se asume desde la necesidad de replantear estructuras mentales, comprometerse con el lenguaje impreso y construir conocimiento.



Recuperarse como escritor es una acción pedagógica que cada uno debe asumir por cuenta propia, y la oportunidad la tenemos en el día a día, al ver crecer los hijos o estudiantes, ya sea en la condición de padres o maestros





El deber con la escritura de cada uno es a la vez un deber con la cultura, puesto que cuando se escribe se construye parte de sí mismo y, por lo tanto, parte del tejido social al que pertenece, dando cuenta de un pensamiento individual y grupal a la vez: «Una sociedad que no escribe correctamente, que no habla con orden, que no ama su lengua, se convierte en una sociedad que piensa poco y terminará sintiéndose inferior» (Grijelmo, 2004: 63).

Sentirse parte de la sociedad implica un compromiso serio con el desarrollo de la comunidad; preguntarse por el papel que cada uno desempeña y de qué manera está contribuyendo en el avance de un pensamiento colectivo es un deber, en la medida que obliga a ser consciente de las funciones que allí se desempeñan; una de las fundamentales, con seguridad, es el uso del lenguaje escrito para construir pensamiento, sin pretensiones de escritor erudito, por el contrario, reconocer en cada uno un proceso que se va recuperando en la medida que sea posible escribir y en consecuencia mejorar formas de comunicación que fortalezcan la construcción social.

El maestro en la escuela no solo puede reflexionar sobre sí mismo, partiendo de teorías como la que plantea Grijelmo, puesto que en un momento dado son solo palabras que parten de la reflexión y experiencia de otro; para que dichas palabras sean significativas, se necesita tener una experiencia propia que permita relacionar teorías y observaciones particulares sobre un hecho. Antes que vivir su propia experiencia, el maestro pretende aplicar las teorías, esta aplicación puede resultar forzosa en la medida que no atiende a las necesidades del contexto;



nuestro contexto rodeado de escritura, pero con poca construcción de texto a la hora de comunicar, puede conformarse como simple decodificador y dependiente del que otros producen.

Ahora bien, tener la intención de escribir para comunicar es comenzar a salir de la encrucijada de un idioma complejo y poco accesible, para comenzar a apropiarse de herramientas útiles, aprovechando el pretexto de acompañar procesos en hijos o estudiantes, donde las historias que dejan huella puedan volver a ser contadas sin perder el encanto de la cálida voz, y entonces no sólo recordar con nostalgia lo perdido, sino contar con una nueva mirada, sentirse renovado para volver a ser.

Para terminar, una vez el adulto, maestro, pueda mirarse a sí mismo y arriesgar su escritura para ponerla en juego en el contexto social, podrá entonces analizar el proceso de escritura de sus estudiantes, confrontándose permanente-mente para dar cuenta de una realidad vivida y a la vez reconstruida por la complejidad del adulto, quien podrá en adelante asumir una práctica apasionada desde su experiencia, para sufrir y gozar la palabra en compañía de hijos y estudiantes, futuros dueños de un espacio más humano si se toma el tiempo para reflexionar, pensar y comunicar en forma escrita.



*«Una sociedad
que no escribe
correctamente, que no
habla con orden, que
no ama su lengua, se
convierte en una
sociedad que piensa
poco y terminará
sintiéndose inferior»*





Bibliografía

- FERREIRO, Emilia y TEBEROSKY, Ana. (1980): *Introducción de los sistemas de escritura y desarrollo del niño*. México: Siglo XXI.
- GRIJELMO, Alex. (2004): *Defensa apasionada del idioma español*. Madrid: Santillana.
- HALLIDAY, M.A.K. (1978): *El lenguaje como semiótica social*. México: Fondo de Cultura Económica.
- SILVA, Mirtha y PÁEZ, Esaú. (2002): *De cómo hacer del niño un lector y un escritor con-sentido*. Bogota: Idep.